

locidad ciega: los naufragos veían el precipicio delante, encima y debajo de ellos. La urca no hacía una carrera, sino una caída.

Bruscamente, en medio del enorme tumulto de la nieve, apareció un resplandor rojo.

—Un faro! exclamaron con alegría los naufragos.

XI.

Los Casquets.

Era en efecto la Light-Housse de los Casquets.

Un faro en el siglo diez y nueve es un alto cilindro conoide de masonería, que remata en una máquina de alumbrado, enteramente científica. El faro de los Casquets, particularmente, es en la actualidad una triple torre blanca, que consta de tres castillos de luz. Dichas tres casetas de fuego evolucionan afianzadas sobre ruedas de relojería, con tal precisión, que el vigilante que las observa desde lejos dá invariablemente diez pasos en el puente del navío durante su irradiación y veinticinco durante su eclipse. Todo está calculado en el plan focal y en la rotación del tambor octógono, que lo forman lentes cuadrados, sencillos y escalonados, y que tienen por encima y por debajo dos series de anillos dióptricos; engranaje algebraico, garantido de los golpes de viento y de los golpes de mar por vidrios espesos de un milímetro, que rompen, sin embargo, las águilas marítimas que se arrojan sobre ellos, mariposas nocturnas de esas linternas gigantes. La construcción que encierra, sostiene y sirve á ese mecanismo es, como éste, matemática. Todo es en ella sóbrio, exacto, sencillo, preciso y correcto. Un faro es una cifra.

En el siglo diez y siete un faro era una especie de penacho de la tierra colocado á la orilla del mar. La arquitectura de la torre de un faro era magnífica y extravagante; se prodigaban en ella los balcones, las balaustradas, las torrecillas, etc. etc. Había en ellos mascarones, estatuas, figuras, figurines, muchos adornos é inscripciones. *Pax in bello* decía la del faro de Eddystone. De paso debemos decir que esta declaración de paz no desarmaba siempre al Océano. Winstanley la repitió en otro faro que construyó á sus expensas en un sitio ferroz, en Plymouth: cuando terminó su

torre se metió en ella é hizo que la probase la tempestad, pero ésta llegó y arastró consigo al faro y á Winstanley. Esas construcciones excesivas ofrecían por todas partes presa á las borrascas, como los generales temerarios que en las batallas presentan sus cuerpos. Además de los caprichos de piedra, ostentaban los antiguos faros fantasías de hierro, de cobre y de madera; el faro de los Casquets no era de los de esta clase.

Era en la época de esta historia un faro sencillo, antiguo y bárbaro, tal como Enrique I lo hizo construir después de perder la *Blanche-Nef*; era una hoguera ardiendo bajo de una reja de hierro en lo alto de una roca; una brasa en unas parrillas y una cabellera de llama en el viento.

La única corrección que sufrió dicho faro desde el siglo doce fué la de una mancha de fragua puesta en movimiento por una llares de piedra, que se ajustó á la caja de fuego en 1610.

En los faros antiguos las aventuras de las aves marítimas eran más trágicas que en los faros actuales. Las aves corrían hasta ellos atraídas por la claridad y caían precipitadas en el brasero, en el que se las veía saltar como espíritus negros que agonizasen en ese infierno, y algunas veces volvían á caer fuera de la jaula roja, sobre las rocas, humeantes, cojas y ciegas, como caen fuera de la llama de la lámpara las moscas semi-quemadas.

Para el navío que maniobra provisto de todo lo necesario para navegar y que maneja un piloto, el faro de los Casquets es útil. Grita:—Cuidado! y advierte el peligro. Para el navío desamparado ese faro es inútil; el casco paralizado é inerte no ofrece resistencia á las olas monstruosas, ni puede defenderse de la presión del viento, y es pez sin aletas y pájaro sin alas, que solo vá adonde el viento lo arrastra. El faro solo le enseña su última morada y alumbrá el sitio de su desaparición; es la antorcha de su sepulcro.

Alumbrar la caída segura y advertir lo inevitable, es la más trágica de las ironías.

XII.

Cuerpo á cuerpo contra el escollo.

Los miserables naufragos de la *Matutina* comprendieron en seguida esa misteriosa irrisión. La aparición del faro les alegró en el primer momento, pero

luego los aplastó. No podían hacer ni intentar nada. El Noroeste dirigía la urca hácia los Casquets; iban hácia allí sin poderlo evitar; llegaría para ellos rápidamente el instante de chocar contra la cadena de rocas. Si hubieran podido mojar útilmente la sonda, les hubiera probado que solo tenían tres ó cuatro brazas de fondo. Los naufragos escuchaban los sordos mugidos de las olas al sumirse en las aberturas submarinas de las rocas. Distinguían debajo del faro, como una tajada oscura entre dos láminas de granito, el paso estrecho de la espantosa sima, que comprendían que estaba llena de esqueletos de hombres y de armazones de navíos; era una boca de antro, más que una entrada de puerto. Oían chispear la hoguera en su receptáculo de hierro; fiero color de púrpura iluminaba la tempestad: el encuentro de la llama y del granizo ensuciaba la bruma; la nube negra y el humo rojo combatían, como serpiente contra serpiente; brasas arrancadas volaban por los aires y los copos de nieve parecía que huían de este brusco ataque de chispas. Los escollos, borrados al principio, se dibujaban ahora con claridad; se veía confusión de rocas, con picos, crestas y vértebras; sus ángulos se modelaban por vivas líneas rojas y sus planos inclinados por sangrientas insinuaciones de claridad. A medida que avanzaban, el relieve del escollo era más siniestro, crecía y subía.

Una de las mujeres, la irlandesa, pasaba rápidamente las cuentas del rosario.

A falta de patron, que era el piloto, quedaba el jefe, que era el capitán. Los vascos conocen todos la montaña y el mar; son atrevidos ante el precipicio é inventivos en las catástrofes.

Iban ya á dar contra el escollo; estaban tan cerca de la inmensa roca de los Casquets, que ésta eclipsó súbitamente el faro, y no vieron más que ella y un resplandor detrás. Esta gran roca, de pié y entre la bruma, se asemejaba á una inmensa mujer negra peinada con fuego.

Esta roca se llamaba el Biblet: ella sostiene al Septentrion el escollo que otra, llamada Etacq-aux-Guilmets, sostiene al Mediodía.

El jefe de la partida, mirando al Biblet, exclamó:

—Todo hombre de buena voluntad puede llevar un cable pequeño al escollo. Hay aquí alguno que sepa nadar?

Nadie respondió.

Nadie de los que estaban á bordo sabía nadar, ni aun los marineros, ignorancia bastante frecuente en la gente de mar.

Un burel, casi desatado de sus ligaduras, oscilaba entre los tablones que cubren las costillas del navío: el jefe lo agarró con las dos manos y dijo:

—Ayudadme.

Desprendieron el burel y lo tuvieron en disposición de hacer de él lo que quisieran: de arma defensiva le convirtieron en arma ofensiva.

Era este burel una larga viga de corazón de encina sana y robusta, y que podía servir de instrumento para el ataque y de punto de apoyo, palanca contra un fardo, ariete contra una torre.

—En guardia! gritó el jefe.

Entonces se pusieron seis hombres junto al pedazo que quedó del mástil, sosteniendo el burel horizontal fuera de á bordo y recto como una lanza ante el escollo.

Esta maniobra era peligrosa; dar un tremendo golpe á la montaña era un atrevimiento, porque el contragolpe podía arrojar al agua á los seis hombres.

Diversas son las luchas que hay que empeñar con las tempestades. Tras la de la ráfaga la del escollo, tras la del viento la del granito; hay que luchar con lo intangible y con lo inquebrantable. Hay en estas luchas minutos en los que el caballo encanece.

Iban á abordarse el escollo y el navío. La roca es paciente y esperaba.

De pronto acometió á la urca una ola desordenada y puso fin á la espera: cogió al navío por debajo y lo levantó y lo balanceó un momento, como la honda balancea el proyectil.

—Firmes! gritó el jefe: ¡eso no es más que una roca y nosotros somos hombres!

La viga estaba ya á punto de dispararse; los seis hombres se confundían con ella; las clavijas puntiagudas del burel les lastimaban los sobacos, pero estos hombres no lo sentían.

La ola arrojó á la urca contra la roca.

El choque se verificó; se verificó bajo la informe nube de espuma que oculta siempre estas peripecias.

Cuando esa nube cayó en el mar, cuando se hizo el descarte entre la ola y la roca, los seis hombres rodaban en el puente, pero la *Matutina* huía lejos del escollo. La viga había cumplido su misión y desvió al buque. En pocos segundos desapareció la ola del barco y los Casquets se vieron ya detrás de él. Por

aquel instante la *Matutina* se había salvado del peligro inmediato.

Esto sucede alguna vez. Un golpe recto de bauprés en las rocas salvó a Wood el Largo en la embocadura de Tay. En los rudos parajes del cabo Winterton y bajo el mando del capitán Hamilton, por una maniobra del ariete, semejante á ésta, contra la temible roca Brannoduum, escapó del naufragio la *Royale-Marie*, que era una fragata como son las de Escocia.

En poder pasar de la secante á la tangente consiste el secreto de evitar el naufragio, y este es el servicio que el buel había prestado al navío; hizo el oficio de remo y había servido de timon; pero esta maniobra libertadora no podía repetirse, porque la viga había caído al mar. La duración del choque la hizo saltar de las manos de los hombres por encima del barco y se perdió entre las olas: quitarle otra como aquella sería dislocar los miembros de la urca.

El huracán arrastró á la *Matutina* y muy pronto los Casquets parecieron á lo lejos un embarazo inútil. Nada presenta un aspecto tan desconcertado como el escollo en semejante ocasión. Existen en la naturaleza, por el lado de lo desconocido, en el que lo visible se complica con lo invisible, ágrios é inmóviles contornos que parecen indignar á la presa escapada. Así le parecieron los Casquets á la *Matutina* mientras huía de ellos.

El faro, retrocediendo á su vista, palideció, perdió casi la luz y después se borró. Esta extinción fué silenciosa; la densidad de la bruma se superpuso á su resplandor, ya difuso; su brillo se desleyó en la inmensidad mojada; la llama flotó, luchó, se hundió y perdió la forma; parecía que se hubiese ahogado. El brasero se convirtió en pábilo y solo fué ya agitación descolorida y vaga; alrededor suyo se prolongaba un círculo de claridad extravasada, como si la luz se hubiera estrellado en el fondo de la noche.

La campana, que era una amenaza, se calló; el faro, que era también otra amenaza, se había desvanecido, y, sin embargo, cuando desaparecieron esas dos amenazas, fué la situación más terrible para los naufragos: perdieron la voz y la llama, que tenían algo de humano, y se quedaron solos con el abismo.

XIII.

Faz á faz ante la noche.

La urca se encontró en la oscuridad inconmensurable.

La *Matutina*, en cuanto escapó de los Casquets, descendía de ola en ola, teniendo por plazo el caos. Arrastrada de través por el viento, manejada por las mil tracciones de las ondas, repercutía todas las locas oscilaciones de éstas. No tenía ya casi cabezada, signo temible de la agonía del navío; la cabezada es la convulsión de la lucha. El timon solo puede tomar el viento recto.

En la tempestad, y sobre todo en el meteoro de nieve, el mar y la noche acababan por fundirse y amalgamarse y por echar un solo humo. La urca bogaba entre la bruma y el torbellino, resbalando en todos los sentidos, sin ningún punto de apoyo, sin momento de tregua y sin horizonte visible.

Librarse de los Casquets, eludir el escollo, fué una victoria para los naufragos, pero que les dió estupor. No rompieron en hurras, porque en el mar no se deben cometer dos veces esas imprudencias, que es arriesgado arrojar una provocación en donde no se puede echar la sonda.

Rechazar el escollo era haber hecho lo imposible, y quedaron petrificados. Poco á poco, sin embargo, se iban atreviendo á esperar, que tales son los insubmergibles espejismos del alma. No hay agonía que en el instante más crítico no vea blanquear en sus profundidades la inexpresable aurora de la esperanza. Esos desgraciados solo deseaban poder creer que se habían salvado.

Una mole formidable se entrevió de repente en medio de la profunda oscuridad de la noche. Surgió á habor, se dibujó y se destacó sobre el fondo de bruma una vasta masa opaca y vertical, con ángulos rectos, una torre cuadrada del abismo. Los naufragos la miraron con la boca abierta. La ráfaga los puso encima de ella.

Ignoraban qué era aquella torre. Era la roca Ortach.

XIV.

Ortach.

Por segunda vez encontraban un escollo; después de los Casquets, Ortach.

La tempestad no es artista, es brutal y todopoderosa, y nunca varía sus medios.

La oscuridad no se agota; jamás termina sus tramas y sus perfidias. El hombre llega pronto á la extremidad de sus recursos: el hombre los gasta, pero el abismo no.

Los naufragos se volvieron hácia su jefe, que era su única esperanza. El jefe levantó los hombros, sombrío desdeñoso de la impotencia.

Un empedrado en medio del Océano es la roca Ortach: es un escollo de una sola pieza, que está más elevado que el choque contrario de las olas, y asciende hasta ochenta piés de altura. Las olas y los navíos se estrellan contra él. Cubo inmutable, hunde á pico sus flancos rectilíneos en las innumerables curvas serpenteantes del mar.

De noche parece un tajo enorme colocado en los pliegues de un gran paño negro; durante la tempestad espera el hachazo, que es el trueno; pero éste no existe en la tromba de nieve. El navío, á pesar de esto, lleva los ojos vendados y todas las tinieblas se desatan contra él; está dispuesto como un sentenciado y no puede esperar el rayo, que es un final rápido, porque sabe que no ha de caer.

La *Matutina*, que ya no era más que un encallamiento flotante, se fué hácia dicha roca, como se hubiera ido hácia cualquiera parte. Los infelices, que un momento se creyeron en salvo, volvieron á entrar en la agonía. El naufragio, que dejaron detrás de ellos, se les aparecía delante. El escollo sobresalía del fondo del mar.

Los Casquets son un barquillero de mil compartimientos y Ortach es una muralla; naufragar en los Casquets es ser hechos pedazos; naufragar en Ortach es ser pulverizados.

Tenían, sin embargo, remota esperanza de salvación.

A los frentes rectos, y Ortach es uno de ellos, la ola, lo mismo que la bala, no llega por medio de rodeos, y suele no producir daño. Es el flujo y después el reflujo. En casos semejantes, la cuestión de vida ó muerte se plantea de este modo: si la ola conduce el buque hasta la roca y lo rompe en ella, es perdido; si la ola vuelve antes que el barco toque en las rocas, lo separa de ellas y se salva.

En medio de dolorosa ansiedad, los naufragos apercibían en la penumbra la

ola suprema llegar hasta ellos. ¿Hasta dónde los arrastraría? Si la ola rompía el navío, rodaría hasta la roca y todo se habría perdido; si pasase por debajo...

La ola pasó por bajo del navío... los naufragos respiraron.

Pero qué vuelta tendría? ¿Qué haría de ellos la resaca?

La resaca los arrastró.

Algunos minutos después, la *Matutina* estaba fuera de las aguas del escollo. Ortach se borró detrás de ellos, como antes se habían borrado los Casquets. Conseguió la segunda victoria; por la segunda vez la urca, que tocaba ya el borde del naufragio, retrocedió á tiempo.

XV.

Portentosum mare.

Entre tanto, espesísima bruma cegaba á los naufragos sin rumbo. No sabían dónde se encontraban; nada veían alrededor de la urca. A pesar de la lluvia de granizo, que los obligaba á bajar la cabeza, las mujeres se obstinaban en no refugiarse en la cala. No hay ningún desesperado que no quiera naufragar sin ver el cielo; el que está tan cerca de la muerte, se cree que un techo encima de él es un principio de ataud.

Las olas, cada vez más hinchadas, eran más cortas; esta hinchazón indica opresión; en tiempo de niebla ciertos rodets del agua señalan un estrecho. En efecto, los naufragos costeaban la salida del de Aurigny. Entre Ortach y los Casquets al Poniente y Aurigny al Levante, el mar se estrecha y está incómodo, y este estado del mar determina localmente el estado de la tempestad.

El mar sufre, y cuando sufre se irrita. Por eso este paso es temible.

La *Matutina* estaba en él.

Imaginaos debajo del agua una gran concha de tortuga, grande como Hyde-Park ó como los Campos Elíseos, de la que cada estría es un bajo-fondo y de la que cada salida es un escollo. Tal es la parte del Oeste del paso de Aurigny. El mar cubre y oculta este aparato para naufragar. Sobre esta concha de tortuga de escollos submarinos, la ola, hecha pedazos, salta lanzando espuma. En tiempos de calma se agita en todos los sentidos; en el de huracán es el caos.

Observaron los naufragos esta nueva complicación, sin poder explicársela, pero súbitamente la comprendieron. Pálida claridad se vió en el zenit; cierta lividez

se dispersó sobre el mar y desenmascaró á babor una larga barrera de través hácia el Este, hácia el que se arrojaba impetuosamente, lanzando el navío ante ella, la ráfaga del viento. Esta barrera era Aurigny. Los náufragos temblaron al verla, pero hubieran temblado mucho más si una voz les hubiera dicho que era Aurigny.

No hay isla en el mundo que defiende la entrada del hombre en ella como Aurigny. Tiene bajo y fuera del agua una guardia feroz, cuyo centinela es Ortach. Al Oeste tiene á Burhon, á Santeriaux, Aufroque, Niangle, Foud-du-Croc, las *Jumelles*, la *Grosse*, la *Clanque*, los *Eguillons*, el *Vrac* y la *Fosse-Maliere*; al Este, *Sanquet*, *Hommeau*, *Floreau*, la *Binebetais*, la *Quesligné*, *Croquihou*, la *Fourche*, le *Sant*, *Noire Pute*, *Coupié* y *Orbne*. ¿Qué son todos esos mónstruos? Son hidras? Sí; de la familia de los escollos. Uno de ellos se llama el *Término*, como para indicar que todo viaje se acaba en él.

Este amontonamiento de escollos, simplificado por el agua y por la noche, se apareció á los náufragos bajo la forma sencilla de una faja oscura, como una especie de rotura negra del horizonte.

El naufragio es el ideal de la impotencia; es estar cerca de la tierra y no poder alcanzarla; es flotar y no poder bogar; sentar el pié sobre algo que parece sólido y que es frágil; estar lleno de vida y lleno de muerte al mismo tiempo; ser prisionero de las inmensidades; estar amurallado entre el cielo y el Océano; tener encima al infinito, como un calabozo; tener alrededor la inmensa evasión de los vientos y de las ondas; estar asido, agarrotado y paralizado; este exceso de fatiga nos estupidiza y nos indigna. Creemos oír cómo se mofa de nosotros el combatiente inaccesible. Lo que os retiene es lo que deja en libertad á los pájaros y á los peces; parece nada y es todo. Dependemos del aire que turbamos con nuestro soplo y del agua que tomamos con el hueco de la mano. Sacad un vaso de agua de esa plena tempestad y sacareis algo amargo; un sorbo es una náusea, una ola una exterminación. El grano de arena en el desierto, el copo de espuma en el Océano, son manifestaciones vertiginosas; el Todopoderoso no se cuida de ocultar el átomo que constituye la debilidad fuerte, que llena con su toda la nada, y con lo infinitamente pequeño

os estrella lo infinitamente grande. Con sus gotas el Océano os pulveriza y le servís de juguete.

La *Matutina* estaba hácia la parte alta de Aurigny, lo que la era favorable, pero se inclinaba hácia la punta del Norte, lo que la era fatal. El viento de Noroeste, como un arco tenso que hace saltar la flecha, lanzaba al navío hácia el cabo septentrional. Existe en esta punta, un poco más acá del Havre de los Corbelets, lo que los marinos del archipiélago normando llaman *un mono*.

El mono (*swinge*) es una corriente furiosa. Un rosario de embudos en el bajo-fondo produce en las olas un rosario de torbellinos. Cuando uno os deja otro os toma. El navío que se engulle el mono rueda así de espiral en espiral hasta que una roca aguda le abre el casco: entonces la embarcación, reventada, se pára; la parte de detrás sale de las olas, la de delante se sumerge; la sima acaba de dar la vuelta, la popa se hunde y todo se cierra sobre el navío. Una laguna de espuma se extiende y flota, y ya solo se ven en la superficie de la ola algunas burbujas aquí y allá, nacidas de las respiraciones que se ahogan debajo del agua.

En el mar de la Mancha, los tres monos más peligrosos son: el que está inmediato al famoso banco de arena *Girdler Sands*, el mono que está en Jersey, entre el *Pignonnet* y la punta de *Noirmont*, y el mono de Aurigny.

Un piloto local, que hubiese estado á bordo de la *Matutina*, hubiera advertido á los náufragos el nuevo peligro. Pero á falta de piloto les quedaba el instinto, que en las situaciones supremas posee una segunda vista. Altas masas de espuma volaban á lo largo de la costa al impulso frenético del viento. Era que escupía el mono. Innumerables barcas sucumbieron en esta emboscada: sin saber lo que era, se aproximaban con horror.

No había medio de doblar ese cabo.

Así como los náufragos vieron surgir los *Casquets*, despues *Ortach*, ahora veían cómo se elevaba la punta de Aurigny, toda de roca viva. Era para ellos como la aparición de un gigante tras otro gigante, era para ellos una serie de desafíos espantosos.

Los escollos de *Scila* y *Caribdis* eran dos; los *Casquets*, *Ortach* y Aurigny son tres.

El fenómeno de invadir el escollo al horizonte se reproducía con la monotonía

grandiosa del abismo. Las batallas del Océano, como los combates de Homero, tienen esta repetición sublime.

Cada ola, á medida que los náufragos se aproximaban, añadía veinte codos al cabo, amplificado espantosamente en medio de la bruma. La brevedad de los intervalos parecía cada vez más irremediable; tocaban ya en los confines del mono; en cuanto llegasen á los bordes serían arrastrados: una ola más que los lanzase, todo habría concluido para ellos.

De repente la urca fué arrojada hácia atrás, como empujada por una mano de titán. La ola se empujó sobre el navío y le volvió del otro lado, rechazando al barco con su cabellera de espuma. La *Matutina*, arrastrada por esta impulsión, se separó de Aurigny.

Pronto se encontró lejos de él: ¿de dónde recibió este socorro? Del viento. El soplo del huracán había cambiado.

Las olas habían jugado con los náufragos y ahora le tocaba jugar al viento; ellos se libraron de los *Casquets*, de *Ortach* les libró la ola y de Aurigny el viento. Saltó súbitamente del Septentrión al Mediodía. El Suroeste había sucedido al Noroeste.

La corriente, esto es, el viento en el agua; el viento, esto es, la corriente en el aire; estas dos fuerzas acababan de contrariarse, y el viento tuvo el capricho de arrancar la presa á la corriente.

Estos movimientos bruscos del Océano son muy oscuros; constituyen el perpetuo quizás; cuando se está á la merced de ellos, no se puede esperar ni desesperar; dan chascos. El Océano se divierte. Todos los matices de la ferocidad salvaje se encuentran en el mar inmenso y disimulado. Juan Bart le llamaba "La gran bestia". Algunas veces el mar concluye pronto el naufragio; otras le trabaja cuidadosamente, como si lo acariciase. El mar se toma tiempo y los agonizantes lo conocen. En otros casos el retardo en el suplicio indica la salvación, pero estos casos son muy raros; los agonizantes, sin embargo, creen en ella con facilidad; la menor disminución de las amenazas del huracán les basta; se aseguran unos á otros que están fuera de peligro; despues de creerse enterrados toman acta de su resurrección y aceptan febricitantes lo que no poseen todavía; se han agotado ya todos los reveses que podían sufrir y se declaran satisfechos y salvos, porque Dios lo quiere así. No hay que apresurarse en

extender semejantes recibos á lo desconocido.

El Sudeste empezó por el torbellino. Los náufragos solo tenían auxiliares extraordinarios. La *Matutina* se vió arrastrada á lo largo por lo que le quedaba de bastimento, como una muerta por los cabellos, á semejanza de las libertades concedidas por Tiberio á cambio de la violación. El viento brutalizaba á los que salvó y con furor les prestaba este servicio; fueron socorridos sin compasión.

La embarcación, con las violencias de su libertador, acabó de dislocarse. Piedras gruesas de granizo acribillaban su casco, y á cada violenta sacudida de las olas rodaban sobre el puente como bolas de billar. La urca, casi entre dos aguas, perdía la forma, acosada por la caída de las olas y de la espuma sobre ella. En el navío cada uno pensaba solo en él mismo. Se acurrucaba el que podía. Pasado cada golpe de mar, se sorprendían de encontrarse todos allí. Algunos tenían la cara desgarrada por las astillas que saltaban.

Por fortuna la desesperación tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante cuando está en esta situación; la agonía hace un instrumento de hierro de los dedos de una mujer. Una doncella que tenga miedo clava sus rosadas uñas en el hierro. Se colgaban, se agarraban y se sostenían, pero figurándose que cada ola los iba á barrer. Pronto habían de salir de este cuidado.

XVI.

Suave explicación del enigma.

El huracán acababa de parar. No reinaba ya Suroeste ni Nordeste; los furiosos clarines del espacio callaron. La tromba salió del cielo sin disminución anterior, sin transición, como si se hubiera resbalado á pico hasta el abismo. No se supo ya dónde estaba. Al granizo sucedieron los copos. La nieve comenzó á caer lentamente. Las olas se empequeñecieron, el mar se aplanó.

Estas repentinas cesaciones son propias de las borrascas de nieve. Cuando se agota el efluvio eléctrico, todo se tranquiliza, hasta la ola, que en las tormentas ordinarias conserva con frecuencia larga agitación. En estas no; no se prolongó su cólera. Como el trabajador despues de la fatiga, las ondas se ador-

mecieron inmediatamente, lo que casi desmiente las leyes de la estática, pero que no extraña á los antiguos pilotos, porque éstos saben que todo lo inesperado existe en el mar.

Este fenómeno sucede, aunque pocas veces, en las tempestades ordinarias. Por ejemplo, en nuestros días, en el memorable huracán del 27 de Julio de 1867 en Jersey, despues de catorce horas de furioso viento, quedó en seguida en calma completa.

Al cabo de algunos minutos la urca solo tuvo á su alrededor aguas dormidas; al mismo tiempo—porque la última fase se parece á la primera—no distinguia nada. Todo lo que era visible durante las convulsiones de las nubes meteóricas quedó turbio; las siluetas pálidas se fundieron en desleaduras difusas, y la oscuridad del infinito se aproximó por todas partes al navio. Esa muralla de la noche, esa reclusion circular, ese estar dentro del cilindro, cuyo diámetro disminuía de minuto en minuto, envolvía á la *Matutina*, y con lentitud siniestra se achicaba formidablemente. En el zenit solo se veía una cubierta de bruma, una cerrazon. La urca estaba como en el fondo de un pozo del abismo.

En ese pozo habia una laguna de plomo líquido, que era el mar. Inmovilidad taciturna. El Océano nunca es tan feroz que cuando parece estanque.

Todo estaba silencioso, apacible, ciego.

El puente de la urca estaba horizontal, con declives insensibles; algunas dislocaciones se meneaban débilmente. El casco de granada que les servía de fanal, y en el que ardian estopas alquitranadas, no se balanceaba ya en el bauprés y no arrojaba ya gotas inflamadas al mar. Lo que restaba del soplo del viento en las nubes no hacia ruido. La nieve caía espesa, blanda y apenas oblicua. No se oía chocar la espuma en ningun escollo. Reinaba la paz de las tinieblas.

Este reposo, despues de las exasperaciones y los paroxismos, proporcionó á los desgraciados indecible bienestar. Les parecia que les acababan de sacar de sufrir el tormento. Les parecia entrever á su alrededor y encima de ellos como el consentimiento de salvarles, y volvieron á tener confianza. Todo lo que antes estaba furioso, ahora estaba tranquilo, y creían que la paz estaba ya firmada. Los pechos de los naufragos se dilataron. Podían soltar el cabo de la cuerda

ó la plancha á que estaban agarrados, levantarse, enderezarse, permanecer de pié, andar y moverse. Sentían grata calma. En la profundidad oscura de esos efectos de bienestar existe la preparacion para diferente cosa. Ciertamente ya no los combatía la ráfaga, ni la espuma, ni los vientos, ni las olas; estaban libres de esos enemigos.

Tenían de allí en adelante todas las probabilidades en su favor. Dentro de tres ó cuatro horas amanecería, los vería algun navio que pasase y los recogería. Habían pasado ya lo más peligroso y podían volver á vivir. Lo importante era haber conseguido sostenerse en el barco hasta que cesase la tempestad. Se decían unos á otros:—Por esta vez ya esto ha terminado.

De repente se apercibieron de que habia terminado, en efecto.

Uno de los marineros, el vasco del Norte, que se llamaba Galdeazun, descendió para buscar un cable á la cala, y volvió á subir en seguida, exclamando:

—La cala está llena.

—De qué? preguntó el jefe de la partida.

—De agua, respondió el marinero.

El jefe replicó:

—Y eso qué importa?

—Importa, contestó Galdeazun, porque dentro de media hora vamos á zozobrar.

XVII.

El último recurso.

La urca se le habia abierto una grieta en la quilla, que servía de conducto al agua. Cuando se hizo esta grieta? Nadie lo sabia. ¿Fue al aproximarse á los Casquets? Fue delante de Ortach? ¿Fue en el bajo-fondo de Aurigny? Lo probable es que se abriese al chocar en el mono, porque allí recibió el barco un golpe y los naufragos no se apercibieron de esto, arrastrados por la convulsion de la sacudida que recibieron. El enfermo del tétanos no siente una picadura.

El otro marinero, el vasco del Sur, que se llamaba Ave-Maria, descendió á su vez á la cala, y cuando volvió á subir dijo:

—El agua que hay en la quilla tiene dos varas de altura. Antes de cuarenta minutos nos vamos á sumergir en el fondo.

No podían ver dónde estaba la grieta, porque el volúmen de agua que llenaba

la cala ocultaba esta herida, pero el navio tenia un agujero en el vientre, en alguna parte, y era imposible saber en cuál, é imposible tambien taparlo. Tenia una llaga y no podían cerrarla. El agua, esto no obstante, no entraba con gran velocidad.

El jefe gritó:

—Es preciso sacar agua con la bomba.

—No tenemos bomba, contestó Galdeazun.

—Entonces, repuso el jefe, es preciso ganar tierra.

—Dónde está la tierra?

—No lo sé.

—Ya tampoco.

—Pero está en alguna parte.

—Eso sí.

—Que nos conduzca á ella alguno.

—Ya no tenemos piloto, dijo Galdeazun.

—Cógete tú á la barra.

—Tampoco tenemos ya barra.

—Barreemos una de cualquier viga. Vengan clavos y un martillo. Traed las herramientas.

—El tonel de la carpintería está en el mar. Carecemos de útiles.

—Navegaremos sea como sea.

—Tambien hemos perdido el timon.

—Y la canoa? Metámonos en ella y rememos.

—Tampoco tenemos canoa.

—Remaremos sobre el esqueleto de la urca.

—No tenemos remos.

—Estendamos las velas.

—No hay ya velas, ni siquiera mástil.

—Hagamos un mástil de un burel, hagamos una vela de cualquier pedazo de tela alquitranada. Salgamos de este peligro confiándonos al viento.

—Ni eso podemos, porque no hay viento tampoco.

En efecto, el viento habia cesado. La tempestad desapareció, y su partida, que ellos creyeron que era su salvacion, era su pérdida. Persistiendo el Suroeste, los hubiera lanzado con furia á cualquiera costa; ganando en velocidad el conducto por donde les entraba el agua, les hubiera llevado quizás á un banco de arena propicio y les hubiera hecho caer en él antes de irse á pique. El arrastre rápido del huracán quizás les hubiera hecho llegar á tierra, y esto no podían esperarlo sin tener viento. Morían por la ausencia del huracán. Llegaba para ellos la situacion suprema.

El viento, el granizo, la borrasca y el torbellino son combatientes desordena-

dos que se pueden vencer. La tempestad puede ser burlada por defecto de la armadura, porque siempre hay recursos contra la violencia que se descubre sin cesar, que se mueve traidoramente y que hiere con frecuencia por el costado. Pero nada se puede hacer contra la calma; ésta no ofrece ni relieve para poder asirse de él.

Los vientos se entregan á un ataque de cosacos; si se les resiste, pueden dispersarse, pero la calma es la tenaza del verdugo.

El agua, sin prisa, pero sin interrupcion, irresistible y pesada, subía en la cala, y á medida que subía el navio bajaba. Los naufragos de la *Matutina* conocían que iban á ser víctimas de la más desesperada de las catástrofes, de la catástrofe inerte; comprendían la certidumbre tranquila y siniestra del hecho inconsciente. El aire no oscilaba, el mar ni se movía. Lo inmóvil es inexorable. El engullimiento los sorbía en silencio. A través del espesor del agua muda, sin cólera, sin pasion, sin querer, sin saberlo, sin ningun interés, el fatal centro del globo los atraía, el horror al reposo se les amalgamaba. Sentían descender á una profundidad apacible, que era la muerte. La cantidad de borde que el navio tenia encima del agua disminuía, y á cada minuto podia calcularse cuándo desaparecería del todo dicho borde; les sucedía lo contrario que sucede en la marea ascendente; el agua no subía hasta ellos, ellos descendían hasta ella; ellos mismos se cavaban su tumba y los enterraba su peso: los ejecutaba, no la ley de los hombres, sino la ley de las cosas.

La nieve caía, y como el barco no se meneaba, la espesa y blanca lluvia de la nieve formaba una sábana sobre el puente y cubría el navio como un sudario.

La cala cada vez pesaba más; no tenían nada servible para agotar el manante conducto de la quilla, y además su empleo hubiera sido ilusorio é impracticable; la urca llevaba el castillo de popa con cubierta, como dijimos. Alumbraron el barco, encendiendo tres ó cuatro antorchas, que clavaron en agujeros, como pudieron. Galdeazun trajo algunos cubos de cuero con la idea de ver si podían estancar y vaciar el agua de la cala, pero los cubos estaban inútiles; unos descosidos, otros deshechos, algunos tenían el fondo hecho pedazos; así es que no los pudieron utilizar. Era además irrisoria la cantidad de agua